

ENTREVISTA | Tres generaciones son testigos y actores del siglo XX

ELIZABETH SUBERCASEAUX: la historia de carne, hueso y emociones

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

“Yo traté de ser lo más justa posible con la historia, con los hechos que acontecieron”, dice Elizabeth Subercaseaux (Santiago, 1945). Y no habla como periodista, que también lo es, sino como la autora de *La patria estremecida* (Catalonia), su segunda novela encarnada en la historia de Chile. Porque así como en *La patria de cristal* abordó el siglo XIX, ahora sus personajes de ficción viven, trabajan, aman, sueñan, luchan y —algunos— mueren en el siglo XX, el de figuras tan ineludibles como Arturo Alessandri Palma, Pedro Aguirre Cerda, Gabriela Mistral, Inés Echeverría, Carlos Ibáñez del Campo, Pablo Neruda, Jorge Alessandri, Frei Montalva, Allende, Pinochet, Lagos. Ese fue su *leitmotiv*, dice, “hacer un aporte que no fuera ni por nada un panfleto”. Dice, también, que “la mirada partidista está bien cuando discute una ley en el Congreso, pero a la hora de contar la historia, tal como fue, hay que pensar que la historia es de todos los sectores políticos y sociales y económicos de este país. Entonces hay que tratar de alejarse de todo lo que sea partidismo, pasiones exacerbadas”. En esto, asegura, le ayudaron dos cosas: la distancia, ya que hace más de treinta años vive en Estados Unidos —aunque viene con frecuencia a Chile—. “Y dos, el estudio, porque cuando conoces bien la historia y tienes una línea de argumentación más o menos sólida, te cuesta menos ser objetiva”.

Ese estudio le significó leer 120 volúmenes, no solo de historia, sino también memorias, novelas, ensayos y poesía. “Yo creo que los historiadores no se pueden apropiarse de la historia —afirma—. La novela, en ese contexto, es la historia de carne y hueso y emociones de los pueblos. Los escritores somos testigos de nuestro tiempo; hacemos historia del presente. Los historiadores son buscadores de los tiempos que pasaron”.

En *La patria de cristal* da cuenta de un Chile frágil, en formación. Ahora es una patria estremecida, que la narración aborda desde 1900 hasta fines de los 80, y que recoge, entre otras realidades, la decadencia del régimen parlamentario, la irrupción de la clase media, el surgimiento de partidos y movimientos obreros, el despertar de la mujer, la intervención de Estados Unidos a través de la CIA, la reforma agraria, la polarización de los distintos sectores, la creación del MIR, el golpe, la crueldad de la dictadura y el triunfo del No en el plebiscito de 1988.

En *La patria estremecida* sus personajes conviven con las grandes figuras del siglo XX chileno. Antes ya había abordado el siglo XIX en *La patria de cristal*.



Elizabeth Subercaseaux quiere que su novela sea leída por los estudiantes chilenos.

Para recorrer el siglo XX, la escritora acude nuevamente a la saga de una familia, encabezada esta vez por el diplomático Manuel Zañartu, un hombre ecuaníme y tolerante. “Lo que representa Manuel Zañartu es el Chile republicano, un Chile que existió hasta los años 60. Una derecha mucho más dialogante, un Congreso donde había facciones completamente antagónicas y sin embargo eran capaces de tratar de ponerse de acuerdo. No siempre lo lograban, pero había un respeto, había mucha más tolerancia. Es un antes de ‘vamos a negarle a este gobierno la sal y el agua’”.

—¿Cómo trabajó la estructura de la novela para ir enlazando la historia con la ficción?

—Privilegié los episodios que a mi juicio y de los historiadores y de las memorias y de los testigos de ese tiempo eran los más importantes. Lo que me facilitó mucho la tarea fue tener un tronco central, que es Manuel Zañartu; o sea, sin ese personaje, esta novela no existe. Para no complicar al lector lo puse con pocos hijos y pocos nietos, porque son tres generaciones. Y lo que me ayudó mucho también fueirme presidente por presidente, porque a cada uno le pasaron cosas. Unos

entraban a La Moneda y salían muertos, otros entraban sanos y salían enfermos. Y además les pasaban cosas producidas por ellos mismos, como la matanza del Seguro Obrero. Ahí está Manuel Zañartu, que oyó esa orden de Alessandri, y por eso no siguió votando por la derecha”.

Destaca, en una primera etapa de la novela, el fundador del Partido Comunista, Luis Emilio Recabarren. “Él ha sido un personaje crucial en la historia de Chile del siglo XX, porque era un hombre de izquierda, muy anti Alessandri, y sin embargo, él creía que para hacer avanzar al país había que llegar a acuerdos. Lo que le criticó precisamente a Alessandri es que fue un populista que prometió el oro y el moro, y después no hizo nada”. Aun así, reconoce que Arturo Alessandri le pareció “un personaje fascinante desde diversos puntos de vista”. De Pedro Aguirre le gustó sobre todo su sencillez. E incluso Ibáñez le impresionó para bien: “Fue extraordinario todo lo que hizo ese hombre en el primer gobierno; si el problema es que la embarró cuando empezó a reprimir y a mandar a los enemigos al exilio”, afirma. Aunque advierte: “Nada comparable con lo que hizo después la dictadura de Pinochet”. Pero “claramente”, dice, le gustaron tres personajes: “Tomic, Frei y Allende. Y (Jorge) Alessandri, también”.

Cuenta que la gente de derecha que conoce se va directo a ver cómo retrata a Allende y a Pinochet. “Después leen la novela”, dice entre risas. “Pinochet está descrito de manera bastante objetiva —asegura—, porque es el Pinochet que yo conocí personalmente”. En diciembre de 1989, Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux publicaron *Ego Sum Pinochet* (Zig-Zag), después de sostener varias entrevistas con el general. Hubo un episodio, sin embargo, que no quedó registrado en ese libro y tampoco en la novela, pero que muestra la complejidad de este personaje al que incluso le cambiaba el color de los ojos según su ánimo. Sí aparece en la novela su historia de amor con Piedad Noé, una mujer de la alta sociedad quiteña que conoció cuando se encontraba destinado en Ecuador y a la que renunció por la presión de su superior, quien lo conminó a volver con su mujer a riesgo de ser expulsado del Ejército. “A mí me lo contó la Mónica Madariaga; me dijo: ‘Yo sé que tú estás entrevistando a Tito y te

quiero contar una historia’. Y cuando llegamos a entrevistarlos nos pusimos de acuerdo con la Raquel para lanzarlo, *off the record*. Entonces, yo le dije: ‘General, a mí una persona cercana a usted me contó esta historia’. Y se puso a llorar. Esa fue su respuesta, ¿me vas a creer? Con la Raquel quedamos paralogizadas, porque pensamos que él lo iba a negar. Es que no le salieron palabras, de veras. Y después que se le pasó el llanto, y el balbuceo, dijo: ‘Yo les voy a pedir por favor que esto no lo pongan en el libro, por la Lucy’”.

Elizabeth Subercaseaux le dedica la novela a Raquel Correa, su “amiga-hermana”, y la última parte puede leerse también como un homenaje a ella, a la importancia que tuvo en el periodismo chileno. “La Raquel tenía un profundo respeto y un profundo amor por la justicia. El senti-



LA PATRIA ESTREMECIDA Elizabeth Subercaseaux Catalonia, 2019, 499 páginas, \$19.590.

do de la justicia fue como el pilar fundamental de su profesión. Y andaba siempre buscando en los políticos el equilibrio entre el servicio público y la justicia; esto era lo que ella les exigía, que se hicieran cargo de su tarea y de su poder, sobre todo, para lograr mayores grados de justicia”. Y continúa: “La Raquel es el mejor ser humano que yo he conocido en mi vida, porque era muy completa. Era encantadora, divertida, era una mujer aguda, muy inteligente, brillante. Aparte de que lo pasaba bien con ella, porque era una gozadora de la vida, de la carne mechada, del pisco sour que no se perdía ni por nada, le gustaba la naturaleza, le gustaba su marido, adoraba a su hijo. Era un ser humano muy completo, la Raquel. Yo no puedo encontrar nada mejor que dedicarle este libro entero y toda mi obra a mi gran amiga”, dice emocionada.

Las mujeres también son protagonistas en esta novela que, sin pretender contar la “historia secreta” de Chile, consigna varios episodios desconocidos. “Me gustó mucho cómo emergió la mujer, rápidamente al comienzo, y muy ayudada por Arturo Alessandri. Él fue el gran impulsor de las mujeres, porque le gustaban no solo para galantearlas, sino para trabajar con ellas. Él era un progresista. Una podría creer que hasta que salió de frentón al campo laboral, a finales de los 50 y comienzos de los 60, la mujer estaba adentro del clóset, entendiendo por clóset la cocina, pero no fue así. Desde muy al comienzo la mujer estuvo tirando el carro del progresismo en Chile”.

PÁGINA ABIERTA

LA GUERRA CIVIL PERMANENTE

por Camilo Marks

Es imposible escribir solo obras maestras y de eso Mario Vargas Llosa tiene plena conciencia; en otras palabras, el peruano, que ha concebido algunas cimas novelescas —*La casa verde*, *Conversación en La Catedral*, *La fiesta del chivo*—, puede darse el lujo de publicar títulos que, sin estar a la altura de sus mejores libros, son logradas ficciones. Porque en el presente es difícil encontrar a un autor de su talento y que pasados los ochenta años, sea capaz de imaginar textos tan absorbentes. Es el caso de *Tiempos recios*, de reciente aparición, que posee la garra del mejor Vargas Llosa, pues lo seguimos con el suspenso que nos provocaría un buen *thriller*.

La acción de *Tiempos recios* se desarrolla en varios niveles cronológicos, aunque en lo fundamental está centrada en el golpe militar que, en 1954, derrocó al Presidente Jacobo Árbenz, sumiendo a Guatemala y por extensión, a numerosos países vecinos, en un caos de sangre y terror. Como en las anteriores narraciones de Vargas Llosa, el tiempo se desintegra en momentos significativos y los misterios anunciados en las primeras páginas terminan por aclararse, produciéndose diversos descubrimientos que culminan en una revelación desde la perspectiva de los protagonistas. Y como en otros magistrales volúmenes de Vargas Llosa, el brío de una prosa personalísima se expresa en un *crecendo* implacable a lo largo del relato. Más allá de los atroces hechos que se exponen, esta creación, de modo explícito, constituye un testimonio del poder de las dictaduras para transformar a hombres y mujeres en monstruos o dañar a sucesivas generaciones. *Tiempos recios*, de forma inevitable en alguien tan prolífico como Vargas Llosa, muestra defectos: la repetición de los mismos procedimientos, el encabalgamiento de planos temporales, la interpelación en segunda persona son algunos de ellos.

Tiempos recios transcurre durante un extenso período, aun cuando el argumento está concentrado en los complejos sucesos que desembocaron en el derrocamiento de Árbenz. Y tiene tantos personajes que resulta impracticable detenerse en cada uno de ellos, ya que en determinados casos ocupan un único capítulo o bien continúan hasta el desenlace. En lo fundamental son seis: Jacobo Árbenz y su cónyuge, la bella, elegante y cultísima María Cristina Vilanova, salvadoreña que consigue que su esposo adquiera una sólida formación intelectual; Carlos Castillo Armas,

quien dirige desde Honduras la invasión a su patria con el fin de deponer a Árbenz; Marta Borrero, irresistible, enigmática y camaleónica dama, amante del usurpador Castillo Armas, cuyas aventuras rozan lo inverosímil; Enrique Trinidad Oliva, oficial despiadado que participa en el asesinato de Castillo Armas y posee ambiciones presidenciales, y Johnny Abbes García, mercenario dominicano al servicio del tirano Rafael Leonidas Trujillo, quien, cuando está en decadencia, llega a darse cuenta de que lo único que sabe hacer bien es torturar y matar.

Tiempos recios, entonces, sigue las carreras de este sexteto de actores, que se alejan y acercan a medida que avanzamos en la trama. Si bien no estamos ante un friso colosal, los acontecimientos son espectaculares y Vargas Llosa nuevamente demuestra que sus fuertes están en la inmersión en los enfrentamientos bélicos, el sesudo discurso político y económico, la aguda observación de gente dispar y la descripción de situaciones horribles, que en oportunidades son truculentas. Y a pesar de que *Tiempos recios* consiste en una intriga intensamente política, caracterizada por una serie de conspiraciones, Vargas Llosa nos introduce en la intimidad de estos héroes, de quienes, como pasa siempre, sabemos más que lo que ellos creen. Un ejemplo es Abbes García, el cual, tras haber cometido crímenes espantosos, termina lloriqueando en la autocompasión de una víctima. Otro es Marta Borrero, quien se convierte en un ser humano que pese a su inteligencia, es impotente para verse tal cual es.

Por cierto, detrás de todo el horror de *Tiempos recios* se encuentra la abierta, descarada y directa participación de Estados Unidos, la CIA y cuanto servicio secreto uno pueda suponer en los siniestros asuntos tratados. Ellos y sus secuaces son responsables de la guerra civil permanente en que ha caído gran parte de América Latina. Vargas Llosa habla con la seguridad de quien conoce el trasfondo del pasado en nuestras naciones y no omite detalles con respecto a la intervención extranjera en la tragedia guatemalteca, por lo que este tomo también conforma una lección de autenticidad histórica.

“Tiempos recios” posee la garra del mejor Vargas Llosa.



TIEMPOS RECIOS Mario Vargas Llosa Editorial Alfaguara, Santiago, 2019, 350 páginas, \$15.000. NOVELA

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura

por Francisco Véjar

LA METAFÍSICA DEL AGUA

Con *Mover el agua*, Camila Fadda (Santiago, 1969) se sitúa en un lugar de excelencia en la poesía chilena actual. Aquí no nos encontramos con discursos mesiánicos o épicas ruinosas. Su voz no es impostada, fluye. Lo que hay aquí es poesía, donde cada verso suyo es “mudo y papable / como una fruta redonda”, como diría acertadamente el poeta norteamericano Archibald MacLeish.

En 56 páginas, Fadda logra asir lo que ya no se puede capturar. Aquello que no alcanzamos a pronunciar o susurrar. Pero que sí se puede escribir en el agua. Son instantes de flujo, reflujo y trazos, no exentos de luces y sombras. Es válido destacar, además, su artesanía del verso, es decir, el trabajo de pulir cada texto hasta llegar a la palabra exacta de su expresión poética. Un ejemplo, de ese estado de ánimo, es su poema titulado “Reflejo”. Allí escribe: “Yo eres una ave que no me canta / tú soy el alpiste en el comedero / Yo eres rocío de la mañana / tú soy la hierba que lo recibo / yo eres esa imagen en el agua / tú soy yo que te reflejas”. Hay cierta visión panteísta que se hace patente en esta lírica que no contempla lo urbano.

“Las imágenes poéticas tienen, también ellas, una materia”, escribió el filósofo y crítico francés, Gaston Bachelard, en su célebre ensayo, *El agua y los sueños*, y en el caso de Camila, la hay y a ratos surge hasta una metafísica del agua, pues su significado final lo tenemos que intuir y trasciende lo cotidiano. En “Gotas”, apunta: “persigo atenta y de memoria / la interacción de la ruta de la gota / cuento el segundo del minuto / de la hora de la noche / de esta noche / y de ésta lo oscuro / y de éste lo abstracto / y de éste el silencio”. La poesía de Camila Fadda es una emoción para ser recordada en la tranquilidad.

Elvira Hernández, reconocida poeta, escribió acerca de este volumen: “Si le suspendemos, un poco, a la palabra ‘agua’ sus referencias más próximas, que a esta hora son tabú, y asimilamos a su materialidad líquida el lenguaje, veremos y observaremos también cuánto corren y recorren estos fluidos, nuevamente juntos: en las formas que adoptan y la experiencia que traslucen —que son muchas entre la orilla de la que aparece escribiendo y esa otra orilla a la que llega (¿espuma, onda, ritmo?) donde se lee. Camila Fadda, su autora, influye en el proceso de escritura, lo que es el encantamiento”. Hay textos notables como “Magnolios” o “Remanso”. Esta es una poesía que corre como un manantial de aguas mansas, donde logra un sello personal.

En “Matriz”, anota: “Quietud y silencio y agua / sin arriba sin abajo / sin vértigo ni gravedad. / Nada que se mantuviera erguido / nada que se desmoronara. / Ni frío ni calor ni hambre ni sed. / Sólo / líquido y latido”. *Mover el agua* es el segundo libro de Camila Fadda —en 2013 publicó *Cauce*— y viene a ser un respirar en paz, con imágenes que a nadie dejará impávido.



MOVER EL AGUA Camila Fadda Gacitúa Los Perros Románticos, Santiago, 2019, 56 páginas. POESÍA

Fadda logra asir lo que ya no se puede capturar.

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura